

AUDIENCIAS PÚBLICAS DE CASOS EN TRUJILLO
SEGUNDA SESIÓN
25 DE SEPTIEMBRE DE 2002
3:00 P.M. A 6:00 P.M.

Caso número 13: **Marcelino Sandoval Loayza y Elizabeth Sandoval Araujo**

Testimonios de Magali Sandoval Araujo y Justina Cruzado Cerna

Doctor Salomón Lerner Febres

Por favor, nos ponemos de pie.

Señoras Magali Sandoval Araujo y Justina Cruzado Cerna, ¿formulan ustedes promesa solemne de que su declaración la harán con honestidad y buena fe, y que, por tanto, expresarán sólo la verdad en relación con los hechos relatados?

Monseñor José Antúnez de Mayolo

Señora Magali Sandoval Araujo, señora Justina Cruzado Cerna, muy buenas tardes. Bienvenidas a este set. Ante el Perú entero, estamos prontos a escuchar seguramente el testimonio valioso de ustedes para poder seguir construyendo a nuestro Perú, estamos pues prontos a escuchar lo que ustedes nos quieren manifestar. Pueden comenzar.

Señora Justina Cruzado Cerna

En primer lugar, pueblo que me escucha, muy buenas tardes a todos y cada uno de ustedes. Yo soy Justina Cruzado Cerna, procedente del distrito de Curgos, provincia Sánchez Carrión, departamento de La Libertad. Luego voy a contar los hechos. En el distrito de Curgos, en principios era una zona muy tranquila, sin problemas, vivíamos en una forma armoniosa, no había nada de malo. Luego empieza la violencia en el año 1983. Cuando... yo y mi esposo teníamos una tienda comercial y también nos dedicábamos a la agricultura. Un 18 de julio hubo batidas por la venta de coca, que algunos a veces vendían clandestinamente. Entonces... esa fecha nos visitan a nuestro domicilio la PIP y ENACU y no encontraron nada de coca y se fueron... así haciendo las batidas. Y un día 20 de julio, entre las siete y ocho de la noche, tocan la puerta. Mi esposo sale a ver quiénes eran los que tocaban. Entonces abre la puerta y unos hombres desconocidos le dijeron: «Nosotros somos de la PIP, venimos nuevamente en busca de la coca». Y, entonces ingresan a la casa. «Tú estás candidateando para Alcalde, ¿no?. Y por lista de Izquierda Unida. Ahora sí. Si no quieres... para repartirlo... tu tienda, tus cosas y si no quieres morir, nos vas a dejar aquí pasar la noche».

Entonces, yo escuché estas palabras, cogí a mis dos menores hijitos —mi hijita tenía dos años y once meses, la otra... mi hijita tenía diez meses— y me corrí por la parte de atrás, por los corrales. Y al día siguiente, yo llego a la casa de mi papá... todo asustada. Entonces, el 21 de julio, va... Policía... van a la casa nuestra. Entonces, mi papá me dice: «Hija, la Policía... qué cosa hay. Anda, ve qué sucede». Y yo me voy corriendo... cargada... a mi hijita de diez meses. Y entró a la casa. El Policía estaba en la tienda, me dijo: «Señora, por favor afuera. Salga afuera. Qué cosa quiere usted». Le dije: «Yo soy de acá... de la casa. Yo vivo acá». «Ya, entonces pasa para adentro», me dijo. «No —le digo—, para adentro tampoco voy yo. Yo me quedo aquí, no me muevo de aquí de la tienda».

Pasan unos minutos más. Entonces, se fue para adentro el Policía y vuelve a salir. Y me dice: «Tú cuida aquí y que otra persona no ingrese. Voy a traer el carro para llevar a unas personas presas que están aquí y están en contra de nosotros. Los vamos a llevar presos». Entonces, yo, ahí, asustada y mi hijito que lloraba... empiezan a sacar a las personas y yo conté diez, entre los diez trajeron a un muerto, porque yo escuché un disparo. Luego, salen ya y lo sientan a la vereda y vi la cabeza llena de sangre del hombre. Porque antes me había dicho el policía: «Esos facinerosos ya se mataron a un guardia». Pero, si era el guardia que estaba muerto... si no era uno de los desconocidos que ingresaron a la casa.

Luego, suben a la camioneta y nos corren con exigencia. «Ya, retírate». Y dieron varios disparos al aire y la camioneta enrumbó a Huamachuco, pero por el trayecto del camino, en el

sector Chanis, mi esposo me contó después... cuando regresó a la cárcel... que los habían bajado de carro, los masacraron cruelmente, los torturaron, lo pegaron, le metían de cabeza al barro, lo volvían a sacar y así, a todos los masacraron. Como estaban amarrados entre ellos, no se veían quienes estaban. A mi esposo le preguntaron: «¿Quiéren morir?». «No, por favor. Yo no soy culpable. Por qué voy a morir». «Sí, tú vas a morir en este instante o, si no quieres morir, danos dinero. Danos un millón de soles y vas a quedar libre».

Así los subieron, uno sobre otro, y llegaron a Huamachuco y al día siguiente, el día 22, regresa nuevamente mi esposo a nuestro domicilio para que le dé el dinero. No teníamos el dinero. Entonces, correteando por ahí a los vecinos... mi mamá, incluso, consiguió el dinero y le dio a mi esposo. Entonces, mi mamá dijo: «¿Para qué quieren ustedes dinero, señores Policías?». Y el Policía le dice: «Por favor, señora. Dale el dinero». Y le dimos el dinero al policía, al que estaba a cargo de la captura, al que comandaba a todos... y también se llevaron las cosas de la tienda comercial. Llenaban a su carro y de ahí se fueron.

Desde este día no nos dejaban acercarnos a mi esposo. Entonces, a los ocho días, ya me dejaron pasar a visitarlo, entonces le digo: «¿Por qué te detienen?». Y me dice que... acusan por dejar entrar a esas personas... me detienen. «¿Qué ha pasado con Elizabeth?». Me dicen: «A tu hija... lo han matado». Entonces, de ahí lo llevaron a Trujillo. Estuvo preso, dos años detenido, y de ahí lo llevaron al Frontón. Luego, él pide su traslado. Después de varios meses, pidió que lo llevarán a Lurigancho, donde estaban los presos comunes. Después de dos años que fue absuelto, nuevamente llega un oficio... que se presente al Juzgado a dar sus declaraciones.

Él por temor a las torturas y... como sufría en la cárcel, no se presentó al Juzgado. Porque dicen que en el Frontón mucho sufrían los presos, que... le daban un ají verde y esto era su desayuno, su almuerzo y su comida; otro día le daban una mashua, es un tubérculo que crece en la sierra, y eso era su desayuno, su almuerzo y comida; y así sufrían todos los presos. Bueno, él no se presentó y llegó la orden de captura y no se dejaba coger, huía. Así estuvo perseguido durante once años, luego fue recapturado en el año 1998, en el mes de abril, luego absuelto a los catorce días porque no había pruebas en su contra. Inclusive, la segunda vez que lo regresaron a mi esposo a la casa hicieron... quisieron dinero, buscaron por toda la casa, tiraron las cosas.

En el caso de Elizabeth y otros siete que figuraban muertos... de eso existe una fosa común en el cementerio San Antonio de Huamachuco. Y, así pues, tanto sufrimiento hemos tenido de ambos mandos, por parte del terrorismo y por parte de la Policía. Luego me cambié de casa, me fui a casa de mis padres, porque ellos se fueron a Huamachuco por miedo y terror a la violencia. Entonces, tocaban la puerta, yo no salía, empecé a cocinar mi almuerzo y vi que los guardias ya estaban adentro. «¡Dónde está tu esposo! —me decían—, tu esposo se ha fugado de la cárcel». «No, señores. No me engañen, él está preso. Cómo se va fugar, si hay mucha vigilancia y no lo dejan salir». «No —me decía—, él se ha fugado». Me dijeron que les diera de almorzar porque tenían hambre, me puse a cocinar. Pero, antes de eso, mi hermana Julia tocaba la puerta y decía: «¡Justina, Justina! Abre la puerta. Por qué te encierras, ellos son policías. No te van hacer daño». Entonces, abrí la puerta y nos pusimos a cocinar junto con mi hermana, almorzaron y se fueron.

Debido a estas violencias que han sucedido... casos muy lamentables y terribles, que da pena... los momentos que me recuerdo tengo mucha pena, lloro, porque hemos sufrido. Después de haber tenido una tienda, ahora no tengo nada. Ahora tengo que salir a trabajar, a tirar lampilla todo el día para ganarme una arroba y media de papa y así darles de comer a mis hijos.

Gracias a mi hija política... le digo... ella me ayuda. Y así me hijas me ayudan, y así estamos saliendo adelante. Es por esto que agradezco a las personas que se han interesado en mi caso, sobre todo al obispo Sebastián Ráñez y también a la Comisión de la Verdad, agradezco muchísimo que se haya formado esta comisión para que salga todo a luz... de tanta injusticia y muchas violencias que hemos sufrido. Bueno, ahora les voy a pasar con Magali para que dé su testimonio.

Señorita Magali Sandoval

Buenas tardes público presente. Mi nombre es Magali Sandoval Araujo, soy hija del señor Marcelino Sandoval Araujo. Efectivamente, como mi mamá política les ha narrado, los hechos ocurrieron de esa forma. Mi papá estaba como candidato y llegaron muchas personas a la comunidad y pude oír lo que decían: «Tú estás en todo, vas a ser alcalde porque la gente va a votar por ti. Por eso, nos vas a dar posada esta noche y luego nos vamos». Bueno, yo me preocupé mucho y mi madrastra salió con sus pequeñas hijas y se fue. Nos quedamos yo y mis

dos hermanas: Mirtha, que es mayor... de mí; y Elizabeth, que estaba cursando el quinto año de secundaria. Nos quedamos en la casa y mi papá también se quedó esa noche. En la mañana, temprano... mi papá sale temprano preocupado. «Esos desconocidos subieron al terrado». Y le pregunto a mi papá: «¿Qué vas hacer?. Avísale a la Policía que han entrado unos desconocidos a la casa. Por favor, papá». Y salió temprano mi papá. Nosotros teníamos que ir temprano a estudiar porque era viernes. Mi hermana estaba en el quinto año de secundaria y mi hermana Mirtha estaba en el tercer año y yo estaba en primer año. Y, así salimos a estudiar.

Mi hermana Elizabeth, que era la mayor, hizo el desayuno. Nos fuimos al colegio y en el colegio, no estaba tranquila. Ella no estaba enterada que los desconocidos estaban con mi papá. Como me quedé de tres años cuando mi mamá falleció, me engreía mi papá. Él tenía que hacerme dormir y así pude escuchar lo que conversaban estas personas. Salimos del colegio porque estudiábamos en la mañana y regresábamos en la tarde, entonces salimos. Ya eran como las doce, llegamos a la casa y a mi hermana Elizabeth le digo: «Han llegado unos desconocidos a la casa». «¿Quiénes son?».

«No sé. Parecen no ser buenos». Bueno, llegamos a la casa, entramos a la cocina, no habían cocinado nada. Volvimos a regresar al colegio porque mi hermana estaba en el quinto año de secundaria —mi hermana Elizabeth, el 19 de junio, fue elegida reina en su colegio—. Y así ocurrieron los hechos. Llegó la Policía, sacaron a estos señores y a mi papá también le decían que caminara. Llegué del colegio, quería entrar a la casa, pero la Policía no dejaba entrar a nadie. Entonces, mi hermana Elizabeth: «Yo voy entrar. Seguro que le van a llevar a mi papá». Y, efectivamente, lo llevaron a mi papá. Mi hermana corrió y les pedía que por favor no lo llevaran a mi papá y mi hermana Elizabeth lo cogió a mi papá y no soltaba. Lo subieron también a mi hermana. Ya era tarde, como las seis de la tarde.

Estábamos tristes, no sabíamos qué hacer. Entonces, al otro día me voy a Huamachuco, sin conocer y son tres horas de camino. Preguntando. Solita me fui yo... entonces llegué a la comisaría de Huamachuco y le pregunto a los policías: «¿Dónde está mi papá!». «¿Y tú quién eres?»». «Yo soy su hija. Quiero ver a mi papá y a mi hermana. Dónde están». Así fue como a la fuerza me metí. Entonces «Papá», le digo. «¿Dónde está Elizabeth?», le digo. «Hija —me dice— lo mataron. La mataron a ella y a otras personas más, porque los policías querían matarme a mí y Elizabeth se puso de... escucho... y no dejó que me mataran y por eso la mataron». «Yo voy a morir por él. A él no lo maten, porque tengo hermanas menores. Él los tiene que ver. Mátenme a mí», dijo mi hermana. Y así fue como la mataron.

Mi papá me dijo: «Después de haberlos matado, les llenaron en costales y lo subieron al carro». Llegando a la comisaría, a mi papá le pidieron dinero para que no le maten y... «Tengo que conseguir ese dinero, sino me van a matar». A los muertos les aventaban en la cancha. Mi papá estuvo viendo todo esto. Un costal se movió y el comandante dijo: «Ahí hay una persona viva, ábranlo para ayudarlo a morir». Y cuando lo sacaron a Elizabeth... no había muerto, quedó con vida. Mi papá pedía que no le mataran. Lo colgaron en un arco y así lo mataron a mi hermana. Yo tenía mucha pena porque ella era como mi mamá, ella era inocente, ella me contaba todos sus cosas, tenía un enamorado y él nos decía: «Yo me voy a casar con tu hermana y les voy a cuidar a ustedes». Pero, al mes, el enamorado de mi hermana fallece en un accidente. Él era profesor.

Mi hermana estaba embarazada, ella me contó. Mi papá no sabía que estaba embarazada mi hermana. Cuando mi hermana falleció, le conté a mi papá que mi hermana estaba embarazada, le pregunte a mi papá: «¿Dónde está mi hermana?»». «No sé, hija, porque ya no me dejaron ver». Yo no me moví de ahí, pero los policías me botaron. Y salí de ese lugar y no sabía a dónde ir. Bueno, tenía un tío, por parte de mi mamá era mi tío. Llego y le cuento, pero él no hacía nada, nadie quería ayudarnos. Y así me iba a verlo todos los días, déjenme verlo a mi papá, o sino voy a contar cómo lo mataron a mi hermana. Entonces, me enteré que había otra mujer en el grupo y le habían hecho autopsia... me entere esto... no se quien ordenó. Y preguntando, averiguando me iba al hospital y escuchaba que decían que una de ellas estaba embarazada y le habían baleada: sus senos baleados, sus manos baleados. Mi papá decía cuando ellos disparaban... mi hermana ponía sus manos, ponía su cuerpo. Y así le hicieron la autopsia en el hospital, pero yo quería ver a mi hermana que lo habían... mataron injustamente.

Mi papá decía... que... por mi culpa ella había muerto. Y así sufría mucho, lloraba, pero tenía que resignarme porque mi papá estaba vivo. Lo habían torturado a mi papá. Después, pasaban los días. Como iba a verlo a mi papá, escuché hablar que a los muertos lo habían tirado a una fosa. Yo preguntaba a los policías: «¿Dónde está mi hermana?»». «No fastidies», me respondían. Me enseñaban el arma, yo les gritaba que me mataran. Pero yo les decía: «No me voy a mover de aquí, si no me dicen dónde está mi hermana». «Lo hemos enterrado en una fosa. Ya no lo

busques, ya». Yo les dije que algún se va hacer justicia. Yo no tenía tranquilidad, no tenía paz, pero gracias a Dios yo soy cristiana. No vengo aquí porque quiero venganza, sino para que ya no se cometan estos errores. Todos vamos a morir, pero nadie tiene derecho... morir así, mi hermana era menor de edad, era muy buena ella. Por eso estoy aquí, porque no vi su cuerpo nunca más.

Mi papá seguía sufriendo, pero, a mí, los profesores me decían que regresara a estudiar. Mucho tiempo me había alejado del colegio, porque tenía que verlo a mi papá, tenía que llevarle su comida, pedía comida en Huamachuco...para llevarle a mi papá. Porque él estaba completamente solo, incomunicado y así a la fuerza entraba a verlo. Yo crecí, terminé de estudiar y me fui a Lima, pero seguía con ese recuerdo. Pero, gracias a Dios,... Él me dio paz, el gozo. Mi papá sufría mucho. Y, a la fecha mis hermanos que tengo por parte de mi padre están nerviosos y se han quedado mal, porque no han quedado bien. Por eso pido justicia y nunca más vuelva a suceder esto. No quiero la venganza, solo quiero justicia y que nunca más suceda esto.

Monseñor José Antúnez de Mayolo

Esperamos que nunca más vuelva a suceder esto que les ha pasado a ustedes que siguen sufriendo. Es nuestro deseo, efectivamente, que nunca más suceda esto. Al mismo tiempo ustedes piden justicia, pero lamentablemente nuestro Perú está con una justicia que está por los suelos, pero hay que levantarlo. Esperamos al menos la justicia de Dios, Él sabrá hacer justicia. Nos solidarizamos con ustedes en el dolor, en su aflicción. El testimonio que acaban de dar es un mensaje a todos los peruanos para construir un Perú nuevo. Su sacrificio no ha sido en vano, yo lo espero así y Dios les premiara a ustedes. Les agradecemos muchísimo este testimonio valiente que han dado y esperamos que todo lo que ustedes piden se solucione. Muchas gracias.

Señora Justina Cruzado Cerna

Bueno, antes de despedirnos ,también, hoy ruego a Dios que en nuestro país entero... que haya un cambio, que haya autoridades que verdaderamente practiquen la justicia y al culpable que le den la sanción como corresponde. Y ya no queremos que nunca más haya sufrimientos, que ya no sufran nuestros hijos, ni nosotros mismos. Muchas gracias.

Monseñor José Antúnez de Mayolo

A usted las gracias señora.